

De tu soberano ingenio.

Probar lo que no es probable,
Bien se ve, que fué el intento
Tuyo; porque lo evidente
Probado se estaba ello.

Acudistes al partido,
Que hallastes mas indefenso,
Y á la opinión desvalida
Auydaste, Caballero.

Este fué tu fin; y asi
Debajo de este supuesto,
No es esta, ni puede ser,
Réplica de tu argumento:

Sino solo una obediencia
Mandada de gusto ageno,
Cuya insnuación en mi
Tiene fuerza de precepto.

Confieso que de mejor
Gana siquiera mi genio
El extravagante rumbo
De tu no hollado sendero.

Pero pobre ser difícil,
Inaccesible lo has hecho;
Pues el mayor imposible
Fuera ir en tu seguimiento.

Rumbo, que estrenan las alas
De tu remontado vuelo,
(Aun determinado el daño)
No lo intentará un despecho.

La opinión que yo queria
Seguir, seguiste primero;
Disteme celos, y tuve
La contraria con contenerlos.

Con razon se reservó
Tanto asunto á tanto ingenio;

Que á fuerzas solo de Atlante
Sin la esfera su peso.

Tenía, pues, que si consigues
Persuadirla al Univerio,
Colgará el genero humano
Sus cadenas en tu Templo.

No habrá quejosos de amor;
Y en sus dulces prisioneros,
Serán las cadenas oro,
Y no dorados los yerros.

Será la sospecha inútil,
Estará ocioso el recelo,
Desterrárase el indicio,
Y perderá el sér el miedo
Todo será dicha, todo
Felicidad, y contento,
Todo venturas; y en fin
Pasará el mundo á ser cielo.

Deberánle los mortales
Á tu valeroso esfuerzo,
La más dulce libertad,
Del más duro cautiverio.

Mucho te deberán todos,
Y yo más que todos, debo
Las discretas instrucciones
Á las luzes de tus versos.

Dalos á la Estampa, porque
En caracteres eternos
Viva tu nombre, y con él
se extienda al común provecho.

Romance que resuelve con ingenuidad sobre problema entre las instancias de la obligación, y el afecto.

Supuesto, discurso mío,
Que gozáis en todo el orbe,
Entre aplausos de entendido,
De agudo veneraciones;

Mostradlo en el duro empeño
En que mis ansias os ponen,
Dando salida á mis dudas,
Dando aliento á mis temores.

Empeño vuestro es el mío;
Mirad que será desorden
Ser en causa ajena agudo,
Y en la vuestra propia torpe.

Ved, que es querer, que las causas,
Con efectos desconformes,
Nieves el fuego congele,
Que la nieve llamas brote.

Manda la razón de Estado
Que, atendiendo á obligaciones,
Las partes de Fabio olvide,
Las prendas de Silvio adore.

Ó que al menos, si no puedo
vencer tan fuertes pasiones,
Cenizas de disimulo
Cubran amantes ardores.

¡Qué vano disfraz la juzgo!
Pues harán, cuando más obren,
Que no se mire la llama,
No que el ardor no se note.

¿Cómo podré yo mostrarme,
Entre estas contradicciones,
Á quien no quiero, de cera,

Á quien adoro, de bronce?
¿Cómo el corazón podrá,
Cómo sabrá el labio torpe
Fingir halago, olvidando,
Mentir, amando, rigores?
¿Cómo sufrir abatido,
Entre tan bajas ficciones,
Que lo desmienta la boca
Podrá un corazón tan noble?

¿Y cómo podrá la boca
Cuando el corazón se enoje,
Fingir cariños, faltando
Quien le ministre razones?

¿Podrá mi noble altivez
Consentir que mis acciones
De nieve y de fuego sirvan
De ser fábula del orbe?

Y yo doy, que tanta dicha
Tenga, que todos lo ignoren:
Para pasar la vergüenza
¿No basta que á mí me conste?

Que aquesto es razón me dicen
Los que la razón conocen:
Pues ¿cómo la razón puede
Forjarse de sinrazones?

¿Qué te costaba, hado impío,
Dar al repartir tus dones
Ó los méritos á Fabio,
Ó á Silvio las perfecciones?

Dicha y desdicha de entrambos
La suerte les descomponen,
Con que el uno su desdicha,
Y el otro su dicha ignore.

¿Quién ha visto que tan varia
La fortuna se equivoque,

Y que el dichoso padezca
Porque el infelice goce?

No me convence el ejemplo
Que en el Mongibelo ponen
Que en él es natural gala,
Y en mi violencia disforme.

Y resistir el combate
De tan encontrados golpes,
No cabe en lo sensitivo,
Y puede sufrirlo un monte.

¡Oh vil arte! cuyas reglas
Tanto á la razón se oponen,
Que para que se ejecuten,
Es menester que se ignoren.

¿Qué hace en adorarme Silvio?
¿Cuándo más fino blasone
Quererme, es más que seguir
De su inclinación el Norte?

Gustoso vive en su empleo
Sin que disgustos le estorben:
¿Pues qué vence, si no vence
Por mí sus inclinaciones?

¿Qué víctimas sacrifica,
Qué incienso en mis aras pone,
Si cambia sus rendimientos
Al precio de mis favores?

Más hago yo; pues no hay duda
Que hace finezas mayores
Que el que voluntario ruega,
Quien violenta corresponde.

Porque aquél sigue obediente
De su estrella el curso dócil,
Y ésta contra la corriente
De su destino se opone.

Él es libre para amarme,

Aunque otra su amor provoque,
¿Y no tendré yo la misma
Libertad en mis acciones?

Si él restituir no puede,
Su incendio mi incendio abone:
¿Violencia que á él le sujeta,
Qué mucho que á mí me postre?

¿No es rigor, no es tiranía
Siendo iguales las pasiones,
No poder él reportarse,
Y querer que me reporte?

Quererle porque él me quiere
No es justo que amor se nombre;
Que no ama quien para amar
El ser amado supone.

No es amor correspondencia:
Causas tiene superiores,
Que las concilian los astros
Ó la engendran perfecciones.

Quien ama porque es querida,
Sin otro impulso más noble,
Desprecia el amante, y ama
Sus propias adoraciones.

Del humo del sacrificio
Quiere los vanos honores,
Sin mirar si al oferente
Hay méritos que le adornen.

Ser potencia y ser objeto,
Á toda razón se opone;
Porque era ejercer en sí
Sus propias operaciones.

A parte rei se distinguen,
El objeto que conoce;
Y lo amable, no lo amante,
Es blanco de sus arpones.

Amor no busca la paga
De voluntades conformes;
Que tan bajo interés fuera
Indigna usura en los dioses.
No hay cualidad que en el pueda
Imprimir alteraciones
Del velo de los desdenes,
Del fuego de los favores.
Su ser es inaccesible
El discurso de los hombres;
Que aunque el efecto se sienta,
La esencia no se conoce
Y en fin, cuando en mi favor
No hubiera tantas razones,
Mi voluntad es de Fabio:
Silvio y el mundo perdonen.

*Romance que en sentidos afectos produce al dolor
de una ausencia.*

Ya para despedirme,
Dulce, idolatrado dueño,
Ni me da licencia el llanto,
Ni me da lugar el tiempo:
Háblente los tristes rasgos.
Entre lastimeros ecos,
De mi triste pluma, nunca
Con más justa causa negros.
Y aún ésta te hablará torpe
Con las lágrimas que vierto;
Porque va borrando el agua
Lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos.
Y es, que se anticipan ellos,

Viendo lo que he de decirte,
A decírtelo primero.
Oye la elocuencia muda
Que hay en mi dolor, sirviendo
Los suspiros, de palabras,
Las lágrimas, de conceptos.
Mira la fiera borrasca
Que pasa en el mar del pecho,
Donde zozobran turbados
Mis confusos pensamientos
Mira, como ya el vivir
Me sirve de afán grosero,
Que se avergüenza la vida
De durarme tanto tiempo.
Mira la muerte, que esquivo
Huye, porque la deseo;
Que aun la muerte, si es buscada,
Se quiere subir de precio.
Mira como el cuerpo amante,
Rendido á tanto tormento,
Siendo en lo demás cadáver,
Solo en el sentir es cuerpo.
Mira como el alma misma
Aun teme, en su ser exento,
Que quiera el dolor violar
La inmunidad de lo eterno.
En lágrimas y suspiros.
Alma y corazón á un tiempo,
Aquel se convierte en agua,
Y ésta se resuelve en viento.
Ya no me sirve de vida
Esta vida que poseo,
Sino de condición sola
Necesaria al sentimiento.
¿Más por que gasto razones

En contar mi pena, y dejo
De decir lo que es preciso,
Por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas: ¡Ay de mí!
Dudosamente lo pienso;
Pues si es verdad, no estoy viva,
Y si viva, no le creo.

¿Posible es que ha de haber un día
Tan infausto, tan funesto,
En que sin ver yo las tuyas
Esparza sus luces Febo?

¿Posible es que ha de llegar
El rigor á tan severo;
Que no ha de darle tu vista
A mis pesares aliento?

¿Que no he de ver tu semblante?
¿Qué no he de escuchar tus ecos?
¿Qué no he de gozar tus brazos?
¿Ni me ha de animar tu aliento?

¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!
¿Dulce fin de mis deseos!
Por qué me llevas el alma,
Dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción
Que no cabe en un sujeto
Tanta muerte en una vida
Tanto dolor en un muerto.

Mas ya es preciso (¡ay triste!)
En mi infelice suceso.
Ni vivir con la esperanza,
Ni morir con el tormento:

Dame algun consuelo tu
En el dolor que padezco,
Y quien en el suyo muere,
Viva, siquiera, en tu pecho.

No te olyides que te adoro,
Y sirvate de recuerdo
Las finezas que me debes,
Si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor
Haciendo gala del riesgo,
Solo por atropellarlo,
Se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante.
El tuyo mismo te acuerdo,
Que no es poco empeño haber
Empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mio,
De tus nobles juramentos,
Y lo que juró tu boca,
No lo desmientan tus hechos.

Y perdona si en temer
Mi agravio, mi bien, te ofendo;
Que no es dolor, el dolor
Que se contiene en lo atento.

Y adios que con el ahogo
Que me embarga los alientos,
Ni se ya lo que te digo.
Ni lo que te escribo leo.

